

BARRIO CARACOL

HAY AMORES QUE NO LOS BORRA LA MUERTE. Y MUERTES QUE HACEN LOS AMORES IMPOSIBLES. PUÑOPLATA DECIDIÓ SALVAR A SU HIJO; ÉL SÓLO VA CAVANDO SU PROPIA TUMBA

25. LA MUERTE DEL SACRISTÁN

Esa hora de espera mientras Taco terminaba de asistir al deán le vino bien a Ismael para seguir urdiendo su plan. Taco, el campanero, era sin duda el obstáculo más importante a derribar. A Laureano lo podría torear, aunque tuviese que acudir en ayuda de la familia. Taco era diferente. Nunca había conocido a nadie tan zaíno, tan escurridizo, tan poco de fiar. Usaba a los gitanos como peones de brega, aprovechando su situación y sus complicidades en la calle y en la catedral. Por eso no se movió ni un milímetro cuando el ayudante de sacristán le restregó por la cara que entre ellos no había nada que hablar sobre el negocio del hierro que robaban en los almacenes de la estación. Si se dejaba intimidar, iba a perder todo y su primo Laureano tendría la disculpa perfecta para dejarlo a un lado, como venía deseando desde tanto tiempo atrás.

Esperó a que Taco abriese la puerta de la torre y siguió sus pasos sin dar tiempo a que le dijera nada. Una vez dentro, tomó aire y le anunció que el herrero Hilario quería trabajar directamente con Laureano y él, y después le darían a Taco una comisión por su ayuda como guarda nocturno según los favores que hiciera. Si el trabajo lo hacían los dos primos, ellos serían los que iban a llevar el negocio. Le advirtió que era muy peligroso que le pudiesen complicar con el robo de hierro en la estación siendo el guarda nocturno. Perderías tu empleo, le dijo Ismael con toda la sorna posible de quien desconfiaba en lo más profundo de su alma de que aquella situación fuese a salir bien.

Taco se acercó a él con el ceño fruncido y la mano de la llave apuntándole a los ojos. Le preguntó que a quién quería engañar. Le llamó mequetrefe y le aseguró que el herrero no le iba a pagar directamente a él ni un céntimo del material que le llevasen. Por sus muertos, maldijo a un centímetro de su cara. Dispuesto a no bajar la tensión, Ismael le dijo que necesitaba su parte de la última entrega, de la que ya habían pasado más de quince días. Le aseguró que estuvo en la fragua y llegó a un acuerdo con Hilario. Pero esa entrega ya se la había pagado a Taco dos días atrás. Y allí estaba, le dijo, si quería saber por qué fue sin su primo hasta la catedral. El dinero lo necesitaba con urgencia para pagar la licencia de la escopeta que estaba usando ilegalmente, era urgente que tuviese el visto bueno de la Guardia Civil porque el dueño de la armerías ya la tenía apalabrada con un director de teatro de Urda, cazador exigente respecto de las escopetas. Le aseguró con la misma ironía que Taco iba a cobrar en el futuro con la misma



exactitud con que él lo hacía. Solo le faltaba añadir que, si se negaba al trato, hablaría con el sacristán, con el deán o con dios bendito para contarles el trajín que se traía con la compra de comida para las palomas, el número de palomas desaparecidas y el aumento del coste del grano cada mes. Alguien habrá, aseguró, que no forma parte de este embrollo y ese alguien se lo iba a hacer pagar a Taco en pichones, dinero y empleo.

Al campanero no le dio tiempo a reaccionar a lo que pensaba que consideraba que solo eran bravuconadas de Ismael, celoso como estaba de su relación con su primo Laureano, siempre más sensato que el muchacho de Puñoplata. No llegó a responderle como pensaba hacerlo porque en ese momento se abrió la puerta de la torre y apareció el sacristán, don Emilio, que estaba cerca y escuchó gritos; quería ver cómo estaban las nuevas palomas y, aprovechando que andaba por allí Ismael, revisar juntos las cuentas de los últimos meses. Taco y el sacristán suben juntos unos pelotones de las escaleras de la torre. Les sigue Ismael y en ese instante decide jugárselo todo a juna carta: El sacristán debe saber que Taco le debe dinero y se niega a pagárselo. Ismael le reclama en voz alta el dinero al campanero y el sacristán pregunta qué ocurre. Escucha a Ismael amenazar si no le dan el dinero con denunciarlos a los dos al deán;

creo que el sacristán también está involucrado en el negocio del alimento y compra de palomas y, tal vez, en el robo de hierro.

Taco deja hacer a Ismael y que se enfrente él solo con el sacristán, pero el sacristán se siente acorralado por el campanero y el gitano y quiere subir corriendo por la escalera de madera para pedir ayuda desde la primera tronera de la torre de piedra. Amenaza a Taco con ir a denunciarlo en un momento ante el comisario Barquero para que lo echen de la catedral por estafador y que nunca encuentre trabajo en su vida. El estruendo de las carreras por los escalones de madera y los gritos han provocado el revuelo de las palomas, que salen de los nidos y empiezan a acumularse en el hueco de la torre intentando escapar. En una de las revueltas de madera, Taco alcanza al sacristán y siente hundirse la navaja entre sus costillas. El sacristán alcanza a asomar medio cuerpo por la tronera de la torre y el último quejido le sirve para gritar que le han matado.

Manoteando entre las alas de las palomas y casi a ciegas, Taco salta los escalones y llega a la puerta antes que Ismael. Echa la cerradura por fuera y deja encerrado al gitano con el muerto. Un minuto después entra en la sacristía y pregunta por don Anastasio, el deán, jefe del Cabildo catedralicio.